

Jesús Marchamalo

*Tocar los libros*

CÁTEDRA

1.ª edición, 2020

Fotografías de cubierta e interior:

© Jesús Marchamalo

Guillermo Cabrera Infante © Carlos A. Schwartz (pág. 90)

Kafka © Antonio Santos (pág. 48)

© Damián Flores Llanos (dibujo colofón)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jesús Marchamalo, 2020

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 550-2020

I.S.B.N.: 978-84-376-4112-6

*Printed in Spain*

A mi amigo Manolo Gulliver, definitivamente,  
este libro también para tocar.  
Y a José Luis Melero, y su signo de Borges.



## Nueva apología de *Tocar los libros*

Hay libros con leyenda y libros sin ella, y lo cierto es que este pequeño *Tocar los libros* tiene una larga leyenda detrás desde aquella conferencia que di en Valladolid, hace veinte años, y que se convirtió en un libro que ahora, corregido, aumentado, revisado, llega a su séptima edición. Una hazaña de gran merecimiento, sin duda, para un libro tan pequeño.

Y lo primero que me viene a la cabeza es un sentimiento de gratitud: a los editores que han creído en el libro; a los libreros y librerías que lo han recomendado, y, sobre todo, a los lectores que a lo largo de estos años se han acercado a sus páginas y se han sentido, en ellas, acogidos, retratados, complacidos... Suelo contar que este, de entre mis libros, es el más personal, el más autobiográfico y el que más tiene que ver conmigo y mi mundo, un poco disparatado, de lecturas y afanes literarios: me reconozco, no

siempre complacido, en buena parte de sus páginas en las que retrato esta relación nuestra, apasionada, entusiasta, enfermiza con los libros.

De nuevo, en esta edición he añadido una parte significativa de texto, y un buen número de imágenes, cuidando, eso sí, que esa falta de solemnidad del texto original se mantenga.

Quiero dar las gracias a mis amigos Antonio Santos, Carlos Schwartz y Damián Flores, que nos han permitido incluir dibujos suyos, ilustraciones y fotografías, y a Luis Mateo Diez, también generoso amigo, a quien quiero agradecer su precioso prólogo, tan lleno de complicidad y de cariño.

Me gustaría dar las gracias también a Cátedra, la editorial que ahora nos acoge en su catálogo. Me encanta que esta nueva edición lleve su sello y su aura de prestigio. Ha sido estupendo trabajar con ellos.

Y me van a permitir que termine con una confesión. Siempre he sido una calamidad poniendo títulos; me lío, se me rebelan, me esquivan, acudo a frases hechas, juegos previsibles de palabras, imperdonables tópicos, así que, cuando tuve que poner título al libro, decidí *robarlo* de un artículo que acababa de publicar Alberto Manguel y que se titulaba así: «Tocar los libros». Me pareció tan oportuno, tan acertado, que no dudé en apropiármelo.

Siempre he vivido la zozobra de poder ser descubierto, y que alguien pudiera señalar la impostura, pero hace unos meses me encontré con Manguel en una feria del

libro en México y, en un momento de debilidad, confesé: «Robé el título de un artículo tuyo», le dije.

Y Manguel, barba blanca beatífica, mirada azul, sombrero, comprensivo, me dijo que robar títulos —a él también debe resultarle complicado ponerlos— nunca ha sido delito y que, en todo caso, casi veinte años después ya habría prescrito. Así que, en ese aspecto, estamos a salvo.

Siempre es una estupenda noticia que un libro se reedite, que encuentre nuevos lectores, nuevas lecturas, y no se me ocurre mejor deseo para este, porque los lectores, al final, son, para un libro, lo único que realmente importa. Eso, y tener una leyenda, claro.

¡Mil gracias!

JESÚS MARCHAMALO  
Madrid, enero de 2020





# Prólogo

LUIS MATEO DÍEZ

Desde el día que conocí a Marchamalo, en la cafetería El Soportal de la Plaza Mayor, supe que su apariencia sosegada y bondadosa ocultaba un secreto que en nada contrariaba esas cualidades, pero que podía alimentar una obsesión muy relacionada con el sentido de su vida.

Me recordó a mi viejo amigo Lumeras, no en lo físico pero sí en cierta capacidad de convicción y persuasión, y en esa aureola tan particular de las personas con quienes se charla tan a gusto. El asunto habitual de las conversaciones, con uno y otro, son los libros, y en la derivación que el amor a los libros conlleva hay en Marchamalo, igual que en Lumeras, a quien, por cierto, hace mil años que no veo, una insistente indagación que va más allá

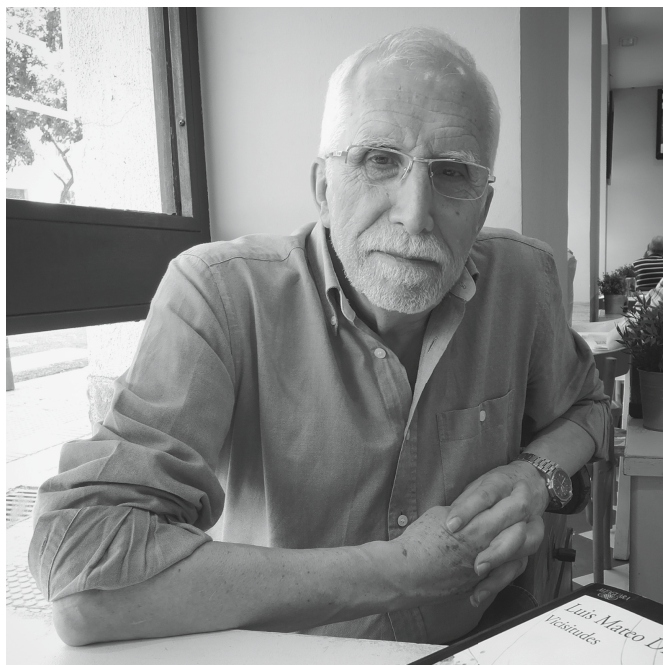
del placer de leerlos, como si los libros estuviesen hechos de un talismán irresistible.

Nunca he visto a Marchamalo, desde aquel primer día, sin un libro en las manos o en la cartera, casi siempre con varios, y en algunas conversaciones, tan llenas de gusto y erudición, he sentido el entusiasmo y la ansiedad que Lumeras traslucía, ese brote de la obsesión que es un alimento revitalizador, lo que alguien llamaba «un buen motor interno para que la vida no languidezca».

A Lumeras, que había parafraseado un bello título de Cortázar, para avalar su obsesión, y lo repetía como una frase hecha y deseada: «Todos los libros el libro», se me ocurrió una vez hacerle un regalo, que me agradeció por su carácter simbólico. Era un libro muy bellamente encuadernado y con las páginas en blanco.

Cuando en una ocasión se lo conté a Marchamalo, vi que sus ojos brillaban y la sonrisa remarcaba con mayor intensidad que nunca la felicidad habitual de su rostro. Rebuscó un instante en la cartera y me mostró un libro extremadamente parecido al que en su momento le había regalado a Lumeras, con las páginas en blanco.

«Es un recurso maravilloso, una fórmula infalible para sentirse dueño de todos los libros del mundo, de los escritos y de los que todavía no lo están —aseguró Marchamalo—. Lo abres y se cumple el sueño, sin la menor frustración». «Bueno —le dije un poco sorprendido—, yo pensé que era un consuelo, por eso se me ocurrió el regalo». «Un consuelo, por supuesto, y un espejo —convino Marchamalo—. También un salvoconducto para



Luis Mateo Díez

esta íntima obsesión que, como bien dices, alienta el sentido de una vida. No puedes imaginarte la cantidad de ellos que llevo regalados...».

Fue a raíz de este suceso cuando comencé a tomar la costumbre de regalar libros con las páginas en blanco, lo que me hacía pensar que el recurso que tanto complacía

a Marchamalo era un buen hallazgo. La verdad es que no fue así. En la mayoría de las ocasiones, el teórico regalo apenas promovía desconcierto, cuando no frustración. Era una experiencia contraria a la que Marchamalo estaba teniendo. Lo suyo llenaba de sorpresa y satisfacción a quienes recibían el regalo. Lo suyo tenía un aprecio y un agradecimiento, el talismán le funcionaba, y quienes abrían en las manos el libro y repasaban sus páginas impolutas se llenaban de una suerte de simbólica complacencia, quiero decir que alentaban la necesidad de llenar aquel vacío con el posible placer que la vida todavía les reportase. El sentido de la vida, tocando el libro, orientaba una felicidad que en ningún caso habría de ser inútil, sobre todo si de una felicidad imaginaria se trataba.